

EL ABRIGO ROJO (*Beroki gorria*)

El trasatlántico *Alfonso XIII* transportó a más de ochocientos viajeros a Cuba, México o New York. Pero en aquella época no había guerra, pero con la guerra el barco se llamaba *Habana*, igual que la capital de Cuba, y nosotras nos dirigíamos a Inglaterra y éramos casi cuatro mil niñas y niños. A nosotras no nos cambiaron el nombre, pero en la tarjeta de identificación que nos pusieron aparecía un número, nada más que un número, y además pocos de nosotras sabíamos contar hasta ochocientos, y menos aún, claro, hasta cuatro mil.

La mayoría de las que estábamos en el barco viajábamos con alguien más, y también teníamos a alguien en el puerto de Santurce. Quizá nosotras les veíamos mejor que ellos a nosotras, sobre todo a las madres que agitaban blancos pañuelos en el aire. También podíamos ver a un señor muy serio al que llamaban Lehendakari Aguirre, vestido con su abrigo negro, solo o acompañado de Elizabeth. De todas maneras, todavía no podíamos ver a Goizalba, porque aún estaba dentro del vientre de nuestra madre. Nuestro padre decía que la guerra acabaría pronto, y que entonces disfrutaríamos de un nuevo amanecer y por eso le pondríamos a la nueva hermanita ese nombre: Goizalba. Porque el nombre Goizalba quiere decir amanecer. Pero por desgracia, nuestro padre no pudo ver a su hija, y tampoco nosotras a nuestro padre. A nosotras nos llevó el barco. A nuestro padre, se lo llevó la guerra.

Daba igual si podíamos ver a alguien en el puerto o no, era igual si teníamos a alguien despidiéndonos o no, éramos un único ser apiñado en la borda del barco, y todos saludábamos a una. Pero nosotras no íbamos de viaje a Cuba, México o New York. A nosotras nos mandaban a Inglaterra. Huíamos de la guerra. Y las mayores también hubiéramos llorado a gusto, pero viendo sollozar a los más pequeños nos conteníamos, intentábamos consolarlos en vano, y al final les decíamos:

- NO podéis llorar hasta que veáis salir el alma desde vuestras entrañas.
- ¿Qué es el alma?
- Es todo lo que hay en el interior de nuestro cuerpo —les respondíamos al azar.
- Entonces, ¿el alma es roja?

Pero rojo, lo que se dice rojo, mas aún que las cerezas, era el abrigo de la niña que llevaba el número 412 en el cartel de cartón. La verdad es que aquel abrigo rojo destacaba sobremanera entre tanta ropa demasiado grande, demasiado remendada, entre tanta ropa demasiado gris. Estaba claro que aquella niña no había recorrido el camino entre carros y camiones, huyendo, siempre huyendo; saltaba a la vista que aquella niña no había buscado refugio en la escuela del apeadero de Tolosa, ni en los balnearios de Cestona y Carranza, huyendo, siempre huyendo. Pero estábamos equivocados.

Todas conocíamos los estragos y destrozos de Durango y Guernica, pero la señorita Estéfana nos aclaró que el año anterior, en plenas fiestas de Ochandiano, los aviones sobrevolaron el pueblo con la bandera republicana como estandarte, chanchibiri, chanchibiri, con los colores amarillo, rojo y morado, pero que en lugar de publicidad y caramelos regaron el pueblo de bombas y que sus habitantes las pasaron moradas. También nos dijo que la hermana pequeña de la que llevaba el número 412 murió en ese bombardeo, y que la introdujeron en la iglesia en un ataúd blanco. Y que ese era el motivo por el que Águeda había venido sola al barco, y que por eso debíamos ayudarla. Pero también nos ayudaban a todas los demás, y nos dieron leche condensada y galletas. Luego, la señorita Estéfana nos dijo que nos haríamos a la mar al día siguiente y que tratáramos de

acostarnos en nuestros camarotes y de dormir un poco. Pero casi resultaba imposible, y el chico del número 1.432 nos contó una cosa extrañísima:

—Hace tiempo, el poeta Huidobro viajó en un trasatlántico desde Chile a Europa. Embarcó también una vaca lechera, para que sus hijos pudieran disfrutar de leche fresca durante el viaje.

El número 1.432 pertenecía a José. Él también embarcó solo. Pero José hablaba igual que los mayores, como las cerca de cien maestras que embarcaron con nosotras. Pero la mayoría de los que viajábamos allí teníamos entre siete y quince años y no sabíamos contar bien, y por eso, algunos de los que escuchábamos la historia calculamos que en el *Habana*, necesitaríamos veinte vacas por lo menos, y otros opinaban que no, que serían necesarias cien. Pero eso era del todo imposible, puesto que en aquel enorme barco viajábamos todos apretujados, y en ese momento la señorita Estéfana comenzó a cantar:

*Jaizkibel gailurrean, izar bat ageri,
Guadalupeko ama, eder dizdizari.
Erbeste ilun honetan, bera gure argi,
agur ama maitea, agur izar hori¹*

Luego José prosiguió con su relato:

—Cuando el poeta Huidobro regresó a Chile, embarcó a trescientos ruiseñores junto a la vaca. Cantan tan bien que quería que se reprodujeran también en su país de origen.

Aquellas historias nos reconfortaron y nos ayudaron a dormirnos y a soñar. Pero muchas de nosotras nos despertamos con pesadillas, y quizá era que veíamos el abrigo rojo de Águeda aún más rojo, bañado en sangre. Y una vez más, recordamos cómo entraron en nuestro pueblo a tiros, y que nuestra hermana pequeña se puso a jugar y a saltar, queriendo atrapar alguna bala entre sus manos.... Y recordamos cómo al final logramos llegar a casa y huimos de allí como alma que lleva el diablo. Y cómo un camión nos llevó hasta Tolosa, y cómo nos dejamos el conejo en el puchero. Nosotras nos acordábamos a menudo de aquel conejo.

—¿Dónde está papa? —nos preguntaba la hermana pequeña.

—En el cielo.

—Pues... se está demorando mucho...

La mayoría de las que estábamos embarcadas teníamos a alguien despidiéndonos en el puerto de Santurce, o en el Abra, o en Punta Galea. Y cuando nos hicimos a la mar nada más amanecer, comenzamos a despedirnos entre llantos de angustia. ¡Qué sollozos, qué quejidos y lamentos se escuchaban aquí y allá! Parecía que el alma se nos iba a escapar desde las entrañas. Y después, como la mayoría de nosotras no estábamos habituadas al mar, y el horizonte que se extendía ante nuestras ojos era infinito, y nosotras no éramos más que un pequeño punto a la deriva, las niñas más pequeñas, a punto de enloquecer, nos decían:

¹ Es la letra de una canción en la que se despiden de las tierras vascas, dicen adiós al monte Jaizkibel, y pidiendo protección a la virgen de Guadalupe. Dicen que ella será la que los guíe en el oscuro destierro que les espera.

—Ayudadnos a mirar al mar... —No obstante, al cabo de un rato todos estábamos vomitando y lo último que nos apetecía era contemplar el mar.

Imaginamos cuántas vacas nos harían falta en la travesía, imaginamos cuántos días pasaríamos lejos de nuestra tierra, y , mas tarde, comenzamos a imaginar cómo sería Inglaterra. Decían que los autos circulaban por la izquierda, que en lugar de vino y sidra bebían cerveza, pero no terminábamos de entender que fueran protestantes. La lengua en la que hablaban también era distinta y aprendimos unas cuantas palabras. Al principio no podíamos pronunciar Southampton y nos salía algo parecido a San Fausto. Pero José pronunciaba muy bien, y nos enseñó a decir *wolf*, que quiere decir lobo.

Durante la travesía nos escoltaron dos buques de guerra, pero al parecer la Virgen de Guadalupe se quedó dormida porque una galerna nos atrapó de lleno y muchas de nosotras empezamos a vomitar y los que estaban en las literas inferiores quedaron hechos un asco. Y, como nosotras no podíamos dormir, le preguntamos a la señorita Estéfana cuántos días íbamos a pasar exactamente en Inglaterra. Nos contestó que a lo sumo serían seis semanas, y luego nosotras les contamos a las más pequeñas que sólo serían seis sueños; que para cuando las zarzamoras estuvieran en su punto estaríamos de regreso en casa y que, más adelante, cuando maduraran y ennegrecieran, iríamos al campo para comerlas y disfrutar de la fragancia de las flores, y que para entonces todo sería un mero recuerdo. La señorita Estéfana nos lo explicaba muy bien, y nosotras también nos afanábamos en contárselo así a las más pequeñas.

Necesitamos casi dos días para llegar a puerto en San Fausto. Nos hicimos a la mar un viernes por la mañana y arribamos el sábado al atardecer, pero no pisamos tierra firme hasta el domingo.

Y, al igual que en Santurce, en aquel puerto de Inglaterra también había un gentío esperándonos. Cuando nos encaminamos andando hacia el campamento, la gente se situada a ambos lados de la carretera, como si estuvieran de fiestas, muy alegres, muy coloridos y muy amables. Y fue entonces cuando nos dimos cuenta de que allí no había guerra, de que allí no había miedo.

Cuando llegamos al campamento parecía que estábamos entre esquimales. Habían preparado para nosotras unas tiendas parecidas a los iglúes, todas de un blanco inmaculado, igual trescientas o quinientas, pero en realidad estábamos en Inglaterra. Hicieron grupos de diez para repartirnos en cada tienda, pero algunas de nosotras nos entristecimos muchísimo cuando llevaron a nuestros hermanos pequeños a las tiendas de los chicos, o al revés.

En el campamento nos sentíamos igual que en el *Habana*, pero era mucho más grande, y más limpio, y sobre todo, no se movía y no vomitábamos. Además, teníamos una escuela, la iglesia y el teatro en el mismo edificio, y también había columpios.

—¡Empújame hasta el cielo! —nos decía la hermana pequeña.

—¿Hasta el cielo?

—Sí, quiero ver a papá —nos decía, y las mayores nos sentíamos nuevamente obligadas a tragarnos las lágrimas, y, a veces, nos escapábamos al bosque cercano a llorar a gusto y desahogarnos.

—¿Adónde vais? —nos preguntaba en esas ocasiones nuestra hermana pequeña.

—Al bosque, a jugar al escondite.

—Y yo, ¿dónde me escondo yo?

Al principio empezamos a contar los días, pero lo fuimos dejando, porque todos los días eran iguales y nos confundíamos. Por las mañanas íbamos al baño, pero éramos demasiadas y teníamos que esperar en las largas filas, aguantando las ganas de hacer pis, saltando a la pata coja para distraer las ganas. Los chicos, en cambio, pasaban el tiempo de otras maneras; igual cogían cuatro palos y esos palos se transformaban en fusiles y se ceñían cuatro gorras hechas de papel de periódico. Entonces, otros cuatro chicos se situaban enfrente, simulando ser presos, y uno de los soldados gritaba: “Apunten, disparen, fuego!”. Y con el estruendo de los tiros, los cuatro presos caían fulminados: tac-ta-tac-tac. Y en esas ocasiones muchos de nosotras nos acordábamos de nuestros padres y solíamos tener que arrancarnos las legañas de los ojos.

Todos los días eran idénticos, pero en contadas ocasiones, sucedía algo distinto. Por ejemplo, un día vimos que era otra chica la que vestía el abrigo rojo; por lo visto, se lo había cambiado Águeda por unos zapatos. Pero en otra ocasión, se lo vimos a una tercera chica, esta vez a cambio de unos pendientes. Y después el abrigo rojo pasó de mano en mano, de dueña en dueña. Uno de esos días, el cura vio que nuestra hermana pequeña no llevaba zapatos porque no los tenía, y entonces le dio algo de dinero para poder comprar unos. Pero nuestra hermana pequeña prefirió comprar galletas y leche condensada. Siguió descalza, pero al menos durante un breve espacio de tiempo, con la tripa llena. Y se escondía cada vez que veía al cura. Pero de esa manera era imposible hacerse con el abrigo rojo, resultaba imposible poder lucirse vestida con él...

Al cabo de un tiempo, a algunas de las chicas nos afloró el alma más roja que la picota. Nosotras nos asustamos, pero las enfermeras y los médicos Jesús y Severino, nos dijeron que era normal, que no teníamos por qué llorar. Entonces nos dieron unos trapos para que nos los pusiéramos entre las piernas y así recoger la sangre, y nos explicaron que eso se repetiría ya todos los meses. Pero lo más llamativo era que cada día que pasaba estábamos mas blancas, mas transparentes, como el cristal; y sobre todo, José. Él no podía jugar en los columpios, no podía trepar a los árboles del bosque para ver el mar desde allí. Nos dijo que tenía leucemia y que si se hacía una herida era imposible parar el flujo de sangre. A José le gustaba la escuela, pero sobre todo, le encantaba leer. Por eso, Lord Farrington quiso llevarlo a una escuela de verdad, pero el chico le dijo que no:

—Mi padre trabajó en Altos Hornos y allí trabajaré también yo —y luego nos explicó que el hierro y el carbón tiene alma en su interior, un alma de un rojo intenso.

Los días eran todos iguales, pero uno de ellos José se puso muy enfermo y el cura le dijo que tenía que confesarse. Pero José no quiso y nos comentó que en la tumba del poeta Huidobro están escritas estas palabras: “Abrid la tumba. Al fondo de esta tumba se ve el mar”. Y que pronto, muy pronto, él también vería el mar. Pero en lugar del cura, José quiso ver a Luis, y José le pidió a su querido tutor que le leyera un poema. Después, le dijo:

—Quédate ahí, por favor. Yo me volveré hacia la pared. No quiero que veas cómo me muero.

En aquel momento nos sentimos muy solas, y al principio nos escapamos al bosque a llorar, y luego fuimos a la iglesia a cantarle canciones bonitas. Nuestra hermana pequeña nos decía que nos envidiaba, porque nosotras podíamos comulgar, y al arrodillarnos para rezar y juntar nuestras manos, podíamos hablar con Dios. Aunque ella también se esforzaba en rezar:

—Diosito, por favor, no duermas tanto y ayúdanos un poco.

Y tenía razón, porque Dios, a pesar de saberlo todo como los pájaros, no hacía nada para sacarnos de allí. Y teníamos el alma igual que las rodillas magulladas de los chicos. Muy herida. Muy transparente. Muy, muy. Y en el campamento, cada día que pasaba, nos asemejábamos más unas a otras.

Ciertamente, en el campamento todos los días eran muy parecidos, pero un día de mediados de junio fue totalmente distinto y vimos que la señorita Estéfana y el resto de adultos estaban muy serios. Iban de aquí para allá, muy nerviosos. Era sábado y al atardecer anunciaron algo por megafonía, pero lo dijeron en inglés y algunas entendimos *wolf*, pero otras creyeron entender *war* y no teníamos a José entre nosotras para que nos pudiera traducir aquellas palabras. Al cabo de un rato, se escuchó un ruido, y una tos, y al poco nos llegó la voz conocida del cura, pero se escuchaba muy débil, muy distinta, y no tenía los matices de severidad que conocíamos:

—Por desgracia, Bilbao ha caído...

Las mayores inmediatamente nos dimos cuenta que también nosotras habíamos caído y que no podríamos volver a nuestras casas. Que no veríamos un nuevo amanecer. Que quizá hasta a Goizalba le pondrían otro nombre: por ejemplo, Nekane.² Las mayores comprendimos que habían conquistado Bilbao y que ya nada se podía hacer. Que no regresaríamos. Que Bilbao había caído y no veríamos a nuestras madres. Y al instante se oyeron gritos y lamentos mucho más desgarradores que los de a bordo del *Habana* y muchas de nosotras no parábamos de gritar: ¡Mamá! ¡Mamá! Otras, en cambio, cogieron piedras y palos, y las arrojaron contra los altavoces, y otras se tumbaron en el suelo y lo golpearon con la frente, y en medio de tanta rabia, arrancaron las hierbas desde la raíz. Y, luego, la mayoría volvimos a nuestras tiendas bañadas en lágrimas.

Pero hubo algunas de nosotras que nos quedamos impasibles como las piedras, no pertenecíamos ni al cielo ni a la tierra, no nos quedaban lágrimas que derramar. Y quizá seríamos cien, o doscientas, puede que trescientas. Todas juntos, pero todos solas. “Y yo, ¿dónde me voy a esconder yo?”. Y nos escapamos en tropel, dando tumbos, casi sin resuello al bosque. Trescientos ruiseñores tristes. Corriendo, huyendo en la noche ms oscura e intrincada. Y cuando miramos atrás, no vimos a nadie en el campamento. Solamente quedaban dos perros, olfateándose mutuamente el culo, por turnos. Y a su lado, en el barro, estaba el abrigo rojo, arrugado, sucio, parecido a una enorme gota de sangre.

Egilea: Patxi Zubizarreta
Itzulpena: Mari Eli Ituarte

² Nekane: Dolores